

## CONFERENCIA XXII

### LA VIDA SEGÚN LA IGLESIA

1. **Educación y vida.**—Ningún ser es perfecto á su entrada en la vida. Preciso le es desde luego nacer, después crecer, y, para su crecimiento, servirse de medios conformes á su naturaleza. El mismo reino de Dios no ha venido del cielo á la tierra en toda su perfección. Antes que exigir de los hombres y de la humanidad que sigan, para llegar á su perfección, una vía no conforme con la naturaleza humana, se ha desarrollado lentamente y en medio de todos los peligros de una vida natural en apariencia.

Muchos seres tienen quizás necesidad, para llegar á su perfección, de un tiempo más largo que el que necesita el hombre, pero ninguno está más desprovisto de auxilio que él, ninguno reclama más una asistencia extraña. Si esto se aplica á la vida física, con mayor razón tiene aplicación á la vida intelectual. La educación es más necesaria al hombre que el aire y los alimentos. De aquí proviene también su influencia. La educación es el mayor de los beneficios, la empresa más pesada desde el punto de vista de las responsabilidades, aquélla cuyos efectos sobre la vida son más duraderos. Apenas si los esfuerzos más nobles pueden borrar por completo los perjuicios causados por una falsa educación. Una madre que mime á su hijo, ó que no le eduque, no piensa sin duda en las luchas y vergüenzas que esto le prepara para el porvenir. ¡De qué abundantes bendiciones es, por lo contrario, fuente una excelente edu-

cación! Aun aquél mismo que de ella se aprovecha, quizás no la aprecie en su justo valor, ya que pertenece á todos los grandes y verdaderos bienes que el hombre, á causa de su pequeñez, es incapaz de apreciar debidamente. Mientras tiene necesidad de educación, se siente molestado por ella; cuando ha terminado, muéstrase contento de verse libre de sus cadenas. Rara vez se encuentran personas que comprendan el precioso capital que han recibido con ello, y el rico interés que les dará para el tiempo y para la eternidad. Tal educación, tal vida; sin educación no hay perfección.

2. **Toda educación se realiza por medios externos.**—La primera educación es la de la madre. Nada, en la tierra, puede ser comparado al beneficio de la educación materna. Siempre faltará algo al que no ha tenido la dicha de ser educado por una madre. Toda educación que quiera obtener algún resultado, debe unirse á la dada por la madre, pues entre las manos de las madres descansa la suerte de los hombres y de los pueblos. El que cuente con el porvenir, el que quiera atraerse á los hombres, debe llenar de su espíritu á las madres.

Ahora bien, el Dios que ha dispuesto así la naturaleza, ha establecido la misma ley para lo sobrenatural. Dios sabía perfectamente lo que hacía al entregar á la Iglesia, para educarlo, ese género humano que tantos trabajos le ha costado conquistar. No lo ha confiado á la idea muerta de una Iglesia invisible, no, sino que lo ha entregado al corazón viviente de una verdadera madre, en cuyo seno se refugia el hombre perseguido por todas partes, á una madre, cuya mano siente el hijo recalcitrante, á una madre, en cuyo corazón puede encontrar calor y vida el que languidece. Sólo en el establecimiento de la Iglesia divina, de una Iglesia visible y activa, ha recibido su coronamiento definitivo la obra de Dios relativa á nuestra redención.

Ahora bien, es difícil encontrar una madre que no quiera encaminar á su hijo hacia la perfección. ¿De dónde pro-

vienen entonces tantos fracasos en la educación ordinaria? No es muy difícil encontrar la causa. No es la buena voluntad lo que falta, sino la verdadera inteligencia de la cosa. Todos quisieran conseguir el fin, pero no se piensa en los medios adecuados.

Ahora bien, el medio más indispensable para esto es la disciplina. Tener buen corazón, ser dulce, caritativo, es excelente; pero lo que vale más todavía es una buena educación, y lo mejor de todo, una disciplina seria. Nada tan deplorable en la educación como mandar una cosa y no insistir en la ejecución de lo mandado. ¡Cuán injusto es, pues, el amor, cuando dice: «No puedo pegar siempre, no puedo atormentar continuamente á este niño. Por otra parte, ¿que importancia tienen estas cosas externas? Mi angelito tiene un corazón de oro!» Posible es que á la hora presente sea todavía bueno; pero si toda la educación no consistiese más que en afecto y amor; si no se convirtiese en acción externa y no insistiese seriamente sobre este último punto, ciertamente que entonces este ángel no tardaría en dejar de ser bueno y muy pronto no sería ya un ángel. Esto no es educar; es mimar. Si con tales procedimientos no se logra una buena educación, fácil es comprender la causa.

Nadie exigirá de la Iglesia que únicamente cumpla á medias la empresa de la educación sobrenatural que se le ha confiado. De Dios ha recibido su gran misión, y á Dios debe dar cuenta de ella. Comprensible es que aquéllos que más necesitan de su disciplina sean con frecuencia los que más se lamentan de ella y califican de importuna su caridad. Pero ella no hace más que redoblar su solicitud para con ellos, teniendo, como tiene, conciencia de sus deberes; y precisamente aquéllos que son los más débiles y que más rechazan los medios de salvación, es á los que ella debe imponérselos con la mayor energía. Puesto que debe educar á los hombres para la eternidad, á hombres enfermos, sin educación, querer curarlos y educarlos, cuando tanta necesidad tienen de disciplina, con corazón

débil, con algunas palabras caritativas ó severas, sería sencillamente intentar lo imposible ó exigir milagros. La Iglesia está muy distante de semejante error. El hecho de que trate de realizar su misión con medios humanos sensibles y terrenales, imponiéndonos mandamientos externos, y exigiendo de nosotros la acción y la obediencia, es una prueba de la exactitud con que Aquél que le ha confiado nuestra educación y le ha enseñado el arte de educar á los hombres, conoce nuestras necesidades y sabe tratar nuestra naturaleza.

**3. ¿Hacen los muros á los cristianos?**—En la historia de sus extravíos y de su conversión, habla San Agustín del célebre retórico romano Victorino, cuyo trato no contribuyó poco á que la gracia obtuviese sobre él la victoria. Vanas fueron por mucho tiempo todas las tentativas que el santo y sabio Simpliciano, maestro, amigo y sucesor de San Ambrosio, hizo para atraerlo al Cristianismo. ¿De qué sirven las exhortaciones de los otros, de qué utilidad la propia convicción, allí donde el corazón no está en orden? Lo que era un peligro para Victorino, no consistía en las razones que tenía para dudar, sino en su gloria y en la veneración entusiasta que le profesaba la juventud noble de la capital. Por fin, protegido por las tinieblas de la noche, entró en casa de Simpliciano, como, en otro tiempo, Nicodemos fué á encontrar á Jesús.—«Y bien,—díjole—he estudiado suficientemente, y ahora comprendo que tu doctrina es la verdadera. Créeme; ya soy cristiano.»—«No—replicó Simpliciano—todavía no eres cristiano; no te contaré entre los nuestros, hasta que no te vea en la iglesia de Jesucristo.»—«¡Ah—replicó Victorino riéndose.—¿Es que son los muros los que hacen al cristiano?» Esta fría burla constituyó por mucho tiempo el único escudo que el gran doctor supo oponer al venerable servidor de Dios, cada vez que éste le exhortaba á convertirse en cristiano completo, y á mostrar un interés viviente por el Cristianismo; y esto, porque no osaba decir el verdadero motivo de su resistencia. En el fondo, temía

perder el favor de los que le habían adulado hasta entonces; y sólo mucho después que la gracia se apoderó de él con tal fuerza, que tuvo vergüenza de su debilidad y de su lenguaje indigno, osó tomar en serio su convicción. <sup>(1)</sup> Pero, convertido en verdadero cristiano, no tuvo necesidad de reflexionar mucho para darse cuenta de que los muros de la Iglesia forman también parte de la vida cristiana.

¿Hacen los muros cristianos? Tal es la cuestión que nos proponen también, en son de burla, gran número de personas que no creen á la Iglesia, ó que no quieren confesar que, sin la vida de la Iglesia, no es posible la vida cristiana.

Esta cuestión nos tiene sin cuidado. Sí, tenéis razón en dirigírnosla. Nadie sabría responder á ella mejor que nosotros, y, bajo este concepto, nadie merece más crédito que nosotros. Verdad es que desde nuestra infancia hemos sido educados en la persuasión de que debemos considerar nuestro corazón como el templo de Dios, <sup>(2)</sup> que las murallas solas no hacen cristiano á aquél que no posee ya á Dios, <sup>(3)</sup> que se puede orar en cualquier sitio, que se puede y se debe elevar las manos puras hacia el cielo. <sup>(4)</sup> Sin embargo, no vacilamos en decir que no reconocemos como cristiano completo al que huye de los muros de la Iglesia. Los muros no hacen al cristiano, pero forman parte de la Iglesia, y los templos pertenecen á la Iglesia, y la Iglesia es el Cristianismo.

De aquí que no haya duda alguna en que los muros entran también en línea de combate. Basta conocer algo á los hombres para saber que ordinariamente no son los principales modelos de piedad aquéllos que más alaban las oraciones hechas bajo la bóveda del cielo y en medio de los campos, y que siempre encomian como su fuerte el

(1) Augustin., *Confess.*, 8, 2, 3-5.

(2) Cor., III, 19; VI, 19; Cor., VI, 16.

(3) Peraldus, *Summa vit. et virt.*, 1, 5, 5, 7. Ven., 1571, I, 467. Ebrard., *C. Wald.*, 4. Bernard. Fontis cal., *C. Wald.*, c. 12.

(4) I Timoth., II, 8.

culto de Dios en el corazón y en el espíritu. No creemos faltar á nadie cuando afirmamos que, en éstos, el culto de Dios no pasa de los labios, y que con frecuencia el espíritu y el corazón lo ignoran por completo. Por lo contrario, podemos afirmar con la mayor seguridad que los que honran más la casa de Dios construída por los hombres, oran más y mejor en el gran templo de la naturaleza construído por Dios y en el silencio de su pequeño aposento, que los que quieren hacer creer que sólo pueden hacer hablar á Dios allí donde estan solos con Él.

¿Quién se familiarizará también más fácilmente con el pensamiento de considerar á toda la tierra como un santuario del Todopoderoso, aquél que no admite ningún santuario terrestre, ó aquél que entra con santo temblor en los lugares que Dios se ha consagrado por las manos de los hombres? ¡Cuántos hay que han franqueado el umbral de estos edificios, los unos por curiosidad, los otros con intenciones todavía peores, no teniendo, en todo caso, voluntad de adorar á Dios! Pero de repente una especie de escalofrío celestial se ha apoderado de ellos, los ha aterrado, los ha hecho ocultarse en un rincón. No sabían ellos de dónde procedía esto; salieron del sagrado recinto; el sol les parecía más resplandeciente, sus pies más ligeros, su corazón experimenta delicias indecibles. ¿Por qué esto? Es que se habían atrevido á hacer una cosa considerada por ellos hasta entonces como imposible, es decir, habían descargado á su alma en el tribunal de la penitencia del peso que por largo tiempo amenazaba aplastarlos. Como Jacob, habían llegado al lugar santo sin darse cuenta de ello. Allí los ángeles suben y bajan transportando al cielo las miserias de la tierra y trayendo en su lugar la gracia de Dios; los millares de devotos y penitentes, que hace ya diez siglos, habían hecho descender el cielo sobre la tierra, habían saturado el aire y los muros de sus buenas obras y oraciones. Apenas penetramos en una Iglesia pobre, experimentamos un sentimiento completamente distinto del que se apodera de nosotros en un templo gran-

dioso resplandeciente de oro. Apenas ponemos el pie en ella, cuando sentimos inmediatamente que allí es donde más se ora, donde se derraman las más abundantes gracias, donde lo sobrenatural se encuentra mejor. ¡Ah, es una gran verdad; no son los muros los que hacen al cristiano, pero tienen importancia considerable!

4. **El Cristianismo y la Iglesia, la religión y la adhesión á la Iglesia, la vida religiosa y la vida según la Iglesia.**—Más que los muros, lo que ellos contienen contribuye á infundir la fe y á perfeccionar al cristiano. Precisamente esta es la razón por la cual la planta que sella vida cristiana no prospera fuera de los templos, no podría vivir sin la atmósfera que contienen estos edificios. De ello son pruebas nuestros santos.

En el aprendizaje de todo arte, es cosa excelente informarse de los medios necesarios para elevarlo á su mayor grado. Ahora bien, los maestros de la perfección son los santos, y podemos considerar como un signo cierto, como la verdadera piedra de toque de su santidad, el hecho de que sus devociones, sus consuelos, sus sufrimientos, hayan ido siempre estrechamente unidos al ciclo eclesiástico y á la vida externa de la Iglesia. (1) El que ha lanzado una mirada á los escritos de Santa Brígida, (2) de Santa Gertrudis y de Santa Mechtilde, ó del bienaventurado Enrique Susón, sabe cuán estrechamente se relacionan sus visiones y éxtasis con el ciclo de las fiestas de la Iglesia. María de Oignies distinguía, aunque no supiese en qué día se encontraba, un día de fiesta de otro ordinario, á causa de un cierto sabor interior. (3) Si el Salvador se le aparecía entonces, veíale ella la mayor parte de las veces como la fiesta lo recordaba; por ejemplo, en Navidad, sobre las rodillas de su Madre, en la Candelaria en los brazos de Simeón, en la Pasión en el estado doloroso que precedió á

(1) Gœrres, *Mystik*, (1) II, 300 y sig.

(2) Cf. *Vida de santa Brígida*, Mainz, 1875, 160 y sig.

(3) Jac. de Vitriaco, *Vita B. Mariæ Oigniæ*, 2, 10, 89 (Boll. Jun. V, 567, c. ed. Palmé).

su muerte. (1) María Bagnesia, (2) la bienaventurada Dorothea, (3) Santa Juana de Orvieto, (4) Santa Coleta, (5) hasta llegaron á participar de los dolores del Salvador y de sus Santos, como el curso del año los recuerda sucesivamente á los fieles. Parecía que estaban purificados por el fuego en el día de San Lorenzo, y crucificados en el de San Pedro. Veíaseles morir con el Salvador el Viernes Santo, y elevarse con Él al cielo el día de la Ascensión. El amable Hermano José estaba persuadido de que una fiesta particular era también para él una gracia particular, es decir, que debía entrañar una prueba de sufrimiento especial. De aquí que tuviese costumbre de decir, bromeándose: «A grandes fiestas, grandes dolores». (6) Santa Catalina de Génova experimentaba los mismos sentimientos. (7) Para San José de Cupertino, todo lo que se refería á la Iglesia, aun el sonido de las campanas, era como un lazo cuya fuerza irresistible lo arrastraba hacia Dios. Desde el momento en que un signo, una palabra, que le recordase la Iglesia ó sus medios de gracia, penetraba en su alma por sus sentidos, elevábase inmediatamente por el aire y en él se cernía, transfigurado á los ojos de millares de espectadores. (8)

Un cristiano que no lleve en sí algo de análogo, da pruebas de que el espíritu de los santos no le es todavía propio. San Felipe Neri, uno de los más grandes concedores de las almas, inclinábase siempre á creer que se encontraba en un estado de alma inquietante, si las grandes fiestas de la Iglesia no despertaban en él un celo religioso más grande. El dulce San Francisco de Sales no escribe

(1) Jac. de Vitriaco, 2, 10, 88 (Jun., V, 567, ed. Palmé).

(2) Campi, *Vita B. Mart. Bartol. Bagnes.*, 3, 21 (Boll. Mai VI, *Append.* 111. Palmé).

(3) Ioan. Marienwerder, *Vita 2. B. Dorothe.*, 1, 28 (Boll. Oct. XIII, 509).

(4) Gœrres, *Mystik*, I, 390; II, 493.

(5) Stephan. Juliac., *Vita S. Coletæ*, 14, 121, 122, 124 (Boll., *Mart.*, I, 566 y sig.).

(6) Festa sunt mihi infesta. *Vita S. Hermani Ios.*, 4, 28 (Boll. *Acta S. S.* April, I, 697).

(7) *Vita S. Cathar. Fliscæ Adurnæ*, 8, 91 (Boll. Sept. V, 171, e. f. Palmé).

(8) Pastrovicchio, *Vita S. Ios. Cup.*, 3, 24 y sig. (*Acta S. S.* Sept. V, 1020).

ciertamente para los santos, sino para las personas que quieren vivir en el mundo como simples cristianos. De aquí precisamente que muchos le consideren como falto de profundidad y elevación; pero también exige que, en los días de fiesta, vivan todos más para Dios, y que el que reivindique el nombre de verdadero cristiano, debe atender más al culto público de Dios y á las prácticas comunes de devoción, que al aspecto externo de la piedad. <sup>(1)</sup> San Bernardo no deja de censurar igualmente á los que prefieren de buen grado una piedad caprichosa á las prácticas de devoción comunes en la Iglesia, <sup>(2)</sup> creyendo <sup>(3)</sup> que esa piedad se parece demasiado á la del fariseo, el cual se figuraba que no era como los demás hombres. <sup>(4)</sup> En todo caso, sabemos que, al distinguirnos así de los demás hombres, nos exponemos al peligro de perder al Señor de la Iglesia, quien, por otra parte, nos ha advertido expresamente que no le busquemos exclusivamente fuera, en el desierto, ni exclusivamente en el interior de nuestra pequeña cámara. No que no esté también allí, sino porque aquellos que le buscan únicamente allí donde ellos y Él están solos, no le encontrarán. <sup>(5)</sup>

Dios pertenece en común á todos los que forman parte de su familia. Aquél que se separe de ésta, se separa también del Padre cuya sola presencia la une. Pero allí donde dos ó tres se reúnen en su nombre, dispuestos á ejecutar dignamente sus órdenes, y penetrados del espíritu de su familia, la Iglesia, allí está Él en medio de ellos. <sup>(6)</sup> Buena es la soledad, y jamás será recomendada suficientemente; pero si no está bajo la protección y dirección de la comunidad, es perniciosa para el hombre. <sup>(7)</sup> El hombre ha sido

(1) Franc. de Sales, *Filotea*, II, 15.

(2) Bernard., *In Cant. Cant.* XXXIII, 10. *In Purificat.*, 2, 2. *In dom.*, 6 *post Pent.*, 1, 3.

(3) Id., *De gradib. superb.*, XIV, 42.

(4) Luc., XVIII, 11.

(5) Matth., XXIV, 26.

(6) Matth., XVIII, 20.

(7) Basilius, *Regul. fus. J. Cassian.*, *Coll.*, 18, 8; 19, 3, 6, 10 y sig. *Vitæ Patrum*, 5, 10, 110. Bernard., *Ep.* 115. Thomas, 2, 2, q. 188, a. 8.

creado para vivir en sociedad; no es bueno que esté solo. <sup>(1)</sup> Lo que hace cuando se separa de la comunidad á que pertenece, lo hace para sí, pero no para Aquél que le ha destinado á convertirse en miembro de su comunidad. <sup>(2)</sup> Nuestro Señor está de parte de los que se agregan á su cuerpo como miembros vivientes, porque es el alma de su Iglesia. El que separa de ésta, pierde la vida. <sup>(3)</sup>

Conocemos á muchos que creen decir una profunda sentencia cuando separan al Cristianismo de la Iglesia, á la religión de la unión á la Iglesia. No piensan que, por el mismo hecho, se separan de Jesucristo, y, por consiguiente, también del Cristianismo. Sin Iglesia, no hay Cristianismo, ni verdadera religión sin Cristianismo. Religión, Cristianismo, Iglesia, son una sola y misma cosa, y la única verdadera vida cristiana es la vida de la Iglesia. Que nadie se forje ilusiones, ni se deje engañar á este propósito. ¿Acaso aquél, cuya prometida le muestra indiferencia, puede experimentar un sentimiento vivo por la prometida? ¿Es que aquél que no se preocupa del bien ó del mal que el cuerpo experimenta, puede interesarse por la cabeza? Pues el que sirve á Jesucristo, debe también servir á su Iglesia. El que rechaza á la Iglesia, se separa de Jesucristo. Pero si se adhiere á la Iglesia, debe aceptar también sus prácticas. Sin duda que se responde á esto: ¿Acaso esas ceremonias y sacramentos de la Iglesia nos hacen mejores? ¿Honran á Dios en lugar nuestro? ¿Acaso no es necesario que nos amemos á nosotros mismos y busquemos á Dios, prescindiendo de todos los medios de salvación?

Verdad es que debemos servir á Dios, pero de la manera que nos lo ha prescrito. Si despreciamos esta manera, en vano será que busquemos á Dios, pues no lo encontraremos; serviremos á Dios á nuestra manera, pero no á la suya. Mas si queremos servirle, preferible es cumplir sus mandamientos, que seguir nuestras inclinaciones. Las co-

(1) Genes., II, 18.

(2) Cf. Bernard., *In Cant.*, 19, 7.

(3) Cf. Bernard., *In Nativ. B. M. V.*, n. 17.